

# «Desde el principio»

Frank Binford HOLE

[biblicom.org](http://biblicom.org)

---

Bajo ninguna circunstancia nos podemos confiar en los primeros «padres» de la Iglesia, pero uno de ellos dijo la verdad cuando declaró que todo lo que era primero era puro; todo lo que fue después fue corrupto.

Las Escrituras lo confirman. Dios dijo al Israel infiel: «Limpiaré hasta lo más puro tus escorias... Restauraré tus jueces como al principio, y tus consejeros como eran antes» (Is. 1:25-26).

Una vez más, leemos como una cuestión de historia que, «Jehová estuvo con Josafat, porque anduvo en los primeros caminos de David su padre, y no buscó a los baales» (2 Crón. 17:3). David fue el primer rey verdaderamente elegido por Dios, que, a pesar de graves faltas, se adhirió al culto de Dios, y no se dejó desviar por los otros dioses, que más tarde se introdujeron entre los reyes y el pueblo. Lo que fue primero en la historia de las relaciones de Dios con los reyes de Israel fue lo más puro.

Volvamos al Nuevo Testamento y bajemos hasta algunos individuos de tipo muy humilde en 1 Timoteo 5:11. Aquí hay ciertas «viudas más jóvenes» entre los creyentes profesos, «son arrastradas por sus pasiones contra Cristo», porque han «abandonado su primera fe». Han dejado una vida de servicio por una vida de comodidad, porque la «fe», que hacía de Cristo una realidad viva y resplandeciente para ellos, tristemente había decaído. Su «primera fe» se expresaba en obras de devoción; más tarde se vio gravemente perjudicada.

La misma característica se nos presenta en Apocalipsis 2:4. Aquí, es el amor, no la fe, lo que está en cuestión, y es una iglesia, no individuos, lo que el Señor examina. Cuando el primer siglo llegaba a su fin, la iglesia en Éfeso había dejado su «primer amor», lo que, como muestra el versículo siguiente, había afectado a sus obras. Por tanto, está llamada a reconocer cómo había caído y, para arrepentirse, a hacer «las primeras obras» (v. 5).

Si ahora volvemos a Jeremías 2:1-3, encontramos que un declive similar tuvo lugar en la historia de Israel, aunque la palabra “primero” no aparece allí. La palabra de Dios a Israel fue: «Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio». Cuando Dios redimió a Israel de Egipto, lo desposó con él; y el amor de sus esponsales se expresa en su cántico de triunfo, registrado en Éxodo 15. Entonces Israel era «santo para Jehová», dando «las primicias de sus productos» (Deut. 7:6; 26:2, 10). Qué terrible decadencia se había producido en el momento en que Jeremías profetizaba.

Volviendo a las Escrituras, encontramos testimonio del hecho de que lo que es pri-

---

mero está marcado por la pureza y de que lo que se introduce después trae la corrupción.

Lo mismo es verdaderamente verdad si, apartándonos de Israel, nos fijamos en la historia del cristianismo. Así como Dios concedió un renuevo en los días de Esdras y Nehemías, también lo hizo en el gran movimiento espiritual que llamamos la Reforma. El ímpetu espiritual que marcó sus inicios pronto se apagó, al convertirse en acciones políticas e incluso bélicas. Lo mismo hay que decir, aunque a menudo con detalles muy diferentes, de los despertares espirituales que siguieron en los siglos 18 y 19. En cada caso, lo que fue al principio era obra de Dios, aunque confiada a las manos de los hombres; y lo que se introdujo después no fue progreso ni mejora, sino corrupción.

¿Cuál es entonces el llamado de nuestro Señor, que nos llega como advertencia en estos días, cuando nos acercamos a la venida de nuestro Señor? Creemos que podemos resumirlo diciendo y mostrando: “Primero el amor”, y después “haciendo las primeras obras” (Apoc. 2:4-5). Estas son las cosas que nos están propuestas, tal como fueron deseadas por nuestro Señor, y tal como están registradas e ilustradas en las Escrituras. Y las mismas Escrituras, hay que recordarlo, son el testimonio dado por Dios, que ha llegado hasta nosotros «desde el principio», una expresión que se encuentra con tanta frecuencia en la Primera Epístola de Juan.

Antes de finalizar el primer siglo, los gnósticos –es decir, “los sabios”– han pretendido dar una versión más intelectual de la fe que la que habían dado los «sin letras y del vulgo» (Hec. 4:13), como eran los apóstoles desde un punto de vista mundano. Así que desviaron a algunos de los que los escuchaban. Era una corrupción, de ahí la repetida referencia de Juan a lo que era «desde el principio» (1 Juan 1:1). Nada distinto o diferente de esto nos está presentado en las Escrituras.

Hay otros hoy, por desgracia, que se imaginan que lo que han producido alterando o añadiendo a lo que es desde el principio es un progreso hacia cosas más elevadas. A la luz de la Palabra de Dios, se demostrará que tales cosas han sido mera corrupción.